

ERICA JONG

BENDITA

MEMORIA



Cuatro mujeres. Sarah Sofía, que llega a los EE. UU. procedente de Rusia a principios de siglo. Su hija, que también experimentará el desarraigo del exilio. Su nieta, que alcanzará el éxito como cantante en los años sesenta. Y su bisnieta, Sara, que, cien años más tarde, será la cronista de la familia en *Bendita memoria*, pondrá voz y sombras a los rostros de viejas fotografías y descubrirá el lugar de los suyos dentro de una cultura tan fascinante y creativa como la de los judíos afincados en América. Los destinos de estas cuatro mujeres de distintas generaciones son el corazón de *Bendita memoria*, una novela conmovedora en la que Erica Jong explora magistralmente las relaciones entre madres e hijas, el papel de la mujer a lo largo del siglo XX y el esquivo significado de la memoria. El entusiasmo, el sentido del humor y la espléndida prosa presentes en cada una de sus páginas convierten a *Bendita memoria* en la obra mayor de una escritora de éxito mundial, que cuenta con lectores apasionados en todas las lenguas.

*A los mejores amigos:
Kenneth David Burrows
Geri Kahn Karetsky*

*Los únicos que están realmente muertos son aquellos que
han sido olvidados.
Refrán judío*

*Gladys Spatt Burrows
1917-1996*

*Selig S. Burrows
1913-1997*

Bendita sea su memoria

Agradecimientos

QUIERO dar especialmente las gracias a Gladys Justin Carr, editora *extraordinaire*; a Annette Kulick, amanuense infatigable; y al primero y más fiel de mis lectores, mi *landsman*, Ed Victor. Gracias a él y a todos aquellos que compartieron sus historias familiares conmigo.

También quiero dar las gracias de un modo muy especial al Instituto de Investigación Judía YTVO.

E. J.

Bendita memoria es una obra de ficción. Aunque contiene referencias a hechos históricos, personas reales y escenarios auténticos, solo se utilizan para proporcionar a la ficción un contexto histórico apropiado. Todos los demás nombres, personajes e incidentes descritos en este libro son ficticios y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

La historia de Sarah

UN PUEBLO QUE NO PUEDE DORMIR

1905

La muerte no llama a la puerta antes de entrar.
Proverbio yídish

A veces, mi primogénito regresa a mí en sueños. Creo que es mi ángel de la guarda. «Mamá, Mamichka, Maman-yu, Mámele», dice, «déjame advertirte que...». Entonces me dice algo sobre algún hombre que hay en mi vida o algún asunto de negocios, y al final siempre resulta que tiene razón, aunque nunca recuerdo sus palabras exactas cuando me despierto. Habla en ese idioma imaginario de los muertos. Su presencia es, ya en sí misma, una advertencia. Tampoco puedo recordar su voz, pero sí su aspecto: lleva un sombrero de copa de seda negra y una capa de seda forrada de piel de marta. Tiene una barba larga (él, que nunca llegó a andar, y menos aún a tener barba). Es un hombre (él, que solo fue un bebé) pero tiene el dulce cuello impregnado de ese olor de los bebés, y en el sueño sé que es un hombre y un bebé para toda la eternidad. Lo he perdido y, sin embargo, no lo he perdido. Vive en un país al que solo se entra con la llave que proporciona la muerte.

Yo había regresado a mi casa de Sukovoly desde Odesa, donde trabajaba como aprendiz de un fotógrafo, retocando retratos en sepia de la alta burguesía. Tenía solo die-

cisiete años y era tan tonta en el tema de los hombres como lista en el de la fotografía. ¿Cómo iba a saber que estaba embarazada? ¿Cómo iba a saber cómo sucedió? Esa es otra larga historia para otra noche lluviosa.

Cuando mi madre se dio cuenta de lo que me pasaba montó en cólera, chilló y se tiró de los pelos. Después se calmó. «Los niños traen bendiciones», dijo destrozando algún refrán. Y comenzó a entusiasmarse con la llegada de su primer nieto.

Era un bebé tan dulce, mi David, mi Dovie, mi hombrecito. Se aferraba a mi pecho y chupaba como si mi pezón fuera el mundo entero y estuviera dispuesto a devorarlo. Pero aquella noche vinieron los cosacos y nos escondimos en el establo de Malka. Yo sabía que mi vida y la de mi madre, mi hermana Tanya, mi primita Bella y mi hermanito Leonid dependían del silencio. Así que cuando mi adorado Dovie comenzó a lloriquear, saqué un pecho y se lo metí en la boquita, y oí cómo chupaba, chupaba, chupaba y se mantenía en silencio.

El corazón me latía tan fuerte que parecía un tambor, casi no podía respirar de miedo, el regusto metálico del terror me inundaba la boca, como si estuviese bebiendo de un vaso oxidado después de haberlo sumergido en el agua clara y fresca de un pozo. Rezaba con toda mi alma por aquellas vidas (incluida la mía) y Dios debió de oírme porque el bebé siguió mamando y mamando y lo único que yo escuchaba eran los latidos de mi propio corazón. Pero después el pequeñín se retorció y empezó a lloriquear. Necesitaba que lo pusiera vertical. Tenía que eructar. Yo no estaba segura de que aquello pudiera hacerse sin que nos delatara a todos. Mordiéndome los labios lo incorporé hasta apoyar su cabecita en mi hombro, le di unas palmaditas en la espalda y lo mantuve así hasta que una ruidosa burbuja de aire le subió gorgoteando desde lo más profundo y me vomitó leche agria sobre el hombro y el pecho.

Oíamos las fuertes pisadas de los cosacos debajo de nosotros. Iban de un lado a otro, clavando sus bayonetas o espadas, o lo que fuera que llevaran, en los fardos de heno, pero cuando el bebé empezó a lloriquear, pararon y escucharon. Después todo se quedó en silencio y solo se oyó el ruido de sus botas arrastrando el heno, una especie de susurro. Volví a encasquetarme el niño en el pecho con tal velocidad que debí de parecer un pistolero desenfundando en medio de un tiroteo, como en aquellas películas mudas que había en Estados Unidos cuando llegué por primera vez. El niño volvió a chupar y chupar y yo volví a respirar muy silenciosamente, sintiendo cómo se expandían mis pulmones por debajo de la boca en movimiento del bebé. Después se organizó abajo tal jaleo y griterío que no noté cuando se quedó quieto y pareció dormirse. Los cosacos habían cogido a un ternero y lo estaban atravesando y cortando con sus horribles instrumentos y él emitía unos ruidos de animal desesperado, casi como los de un niño, un niño que nunca más volvería a mamar. Hasta que los cosacos se alejaron galopando rumbo a la siguiente matanza, al siguiente *shtetl*, no me di cuenta de que mi pequeño ya no respiraba.

Después de aquello me quedé muda durante dos semanas, sin comer ni dormir, con la mirada clavada en un punto fijo delante de mí, pero sin ver nada. No podía llorar ni gritar, ni siquiera hablar. Y mamá me traía sopa y me hablaba de muchas madres que habían tenido el valor de matar a sus hijos y que habían salido adelante y habían vuelto a dar a luz y a amar otra vez, y que su madre había conocido, por lo menos, a tres mujeres que habían tapado las bocas de sus bebés en circunstancias similares. Uno murió. Otro quedó tocado para el resto de su vida. Y el otro cojeaba como un idiota. Aquello, en lugar de consolarme, hizo que me sintiera aún peor. No tuve fuerzas para decirle: «Mamá, yo no lo asfixié. Lo único que hice fue amamantarlo». Pero en

realidad no puedo recordar todos los movimientos que hice en aquel establo oscuro, en medio del correteo de ratas, del resonar de las botas de los cosacos y aterrizada de que mi pequeño Dovie fuera a lloriquear otra vez, condenándonos a todos.

«Lo que no te mata te fortalece», dice el proverbio. Y es probable que haber perdido a mi ángel primogénito me hiciera comprender lo duro que era el mundo y que la vida no era ir de merienda al campo.

Pero ahora Dovie regresa a mí siempre que lo necesito, convertido en un hombre de barba espesa y ojos negros, angélicos y aniñados. Nunca entenderé por qué tuvo que marcharse al otro mundo antes que yo, pero es una especie de heraldo. Vela por mi vida.

«Es un ángel», decía mi madre, «y nosotros estamos vivos».

La detestaba porque ella pensaba que yo lo había matado, pero tal vez porque era eso lo que yo misma creía. Nunca lo sabré realmente hasta que vuelva a encontrarme con mi hijo en el otro mundo.

Su muerte no fue la única causa de que yo me fuera a los Estados Unidos. Se necesita el sacrificio de por lo menos tres hombres para que una mujer se decida a emprender su camino.

Los cosacos regresaron una semana más tarde y prendieron fuego a la *shut* con toda la gente que estaba dentro, incluidos mi hermano gemelo Yussel —descanse en paz— y mi padre —bendita sea su memoria—. Yussel ya tenía el preciado billete para irse a Estados Unidos. A pesar del dolor, mi madre me vistió con la ropa de mi hermano (aunque estaba prohibido), me dio su billete y me ordenó que me marchara a América. Esa es la clase de mujer que era mi madre. Por supuesto que yo tenía que mandarlos a buscar y llevarlos a todos a la Tierra Dorada en cuanto pudiera.

—Ahora eres tú el hombre de la familia —dijo, dándome su autorización para el resto de mi vida.

La muerte puede llegar a ser una inyección de coraje, el impulso para emprender un viaje que nos atemoriza. La muerte nos puede hacer reunir el poco valor que nos quede. Y fue la fuerza de aquellas tres muertes la que me llevó a cruzar la peligrosa frontera, a atravesar a pie el oscuro continente, a soportar almiares plagados de insectos acibillándome el cuerpo, desayunos y cenas de pan negro agrio, registros humillantes y noches de mareo en alta mar que parecían no acabar nunca. Fue la muerte de Dovie (y la de mi hermano y la de mi padre) la que me llevó a través del mar y me depositó en el apartamento de un sótano de aquella Nueva York sin cielo, justo al lado de la carbonera, donde los ruidos de carga y descarga del carbón sustituían a los sonidos de los grillos en una noche estrellada.

Siempre, desde Adán y Eva, todas las historias que se han contado son historias de familias. Cuando pienso en mi *hija* y en sus hijos (incluida mi adorada bisnieta Sara) y pienso en cómo viven, me doy cuenta de que no existe empatía posible que pueda hacerles comprender el grado de penuria que soportamos durante aquel viaje, aquella travesía por mar, y en aquel apartamento subterráneo y negro como el carbón. Mis *kinder* viven en Londres, Lugano, Venecia, Hollywood, Montana, Manhattan, nada es demasiado bueno para ellos. Lo que les preocupa son las tasas de interés, las inversiones inmobiliarias y los porcentajes finales. Coleccionan primeras ediciones, plata georgiana, caballos de polo, arte contemporáneo. Acumulan cosas pesadas que no pueden transportarse si hay un pogromo. Lo cual es una muestra de lo seguros que se sienten. No temen que los judíos puedan ser atrapados en el Benedict Canyon como lo fueron en el gueto de Varsovia. No temen que se les persiga por las Rocosas como lo fueron por los Pirineos. Están satisfechos de sí mismos, sus problemas son psicológicos.

Yo los hice así. Los hice seguros (yo, con toda mi inseguridad). O tal vez fue Dovie; tal vez él sea el ángel de la guarda de toda la familia.

I. La historia de Sara

2005

Los padres pueden dar una buena dote a su hija, pero no buena suerte.

Proverbio yídish

El Consejo de Historia Judía de la ciudad de Nueva York (llamado el CJH para abreviar) tiene su sede en una mansión de piedra caliza construida por un capitalista sin escrúpulos de finales del siglo XIX a imitación de alguna enorme mole europea. La planta baja está decorada con un friso de conchas de vieira y de nautilo. Unos delfines de bronce parecen bailar en la fuente que cae en forma de cascada del patio interior (donde suelen hacerse las fiestas benéficas de primavera, los cócteles y lugar de encuentro obligado para los becarios residentes). Un rosetón procedente de una catedral gótica secularizada ocupa la parte central de la claraboya de la biblioteca, mientras que la gran cúpula se encuentra flanqueada por las figuras de Adán, Noé, Moisés, Maimónides, Espinosa, Einstein y Freud —ningún rastro de mujeres—, realizadas en cristales de colores, que proporcionan la requerida pátina de judaísmo. La biblioteca está revestida de paneles de madera sobre los que puede leerse el lema, tallado en caracteres hebreos, EL SABER ES PODER. Los donantes potenciales a los que se les enseña este sanctasanctórum en visita guiada, suelen comentar el aire sacerdotal que flota en el ambiente, ya que es un espacio

solemne y sombrío, cuya penumbra solo se ve interrumpida de vez en cuando por unos haces de luz multicolor, indicadores de la presencia divina del eterno innumerable.

Hay un *aron*, o arca, que perteneció a una pequeña sinagoga de Ferrara destruida por los Camisas Negras de Mussolini, que fue transportada al Consejo de Historia *Judía en 1928* por un judío italiano que hizo su fortuna invirtiendo en propiedades inmobiliarias en Nueva York durante los locos años veinte. Hoy en día el arca destaca contra la pared del fondo de la sala de lectura, y se utiliza para exponer la colección de valor incalculable del CJH, compuesta de coronas de plata de la Tora, copas *kiddush* y *menorahs* de plata grabada, regaladas en el transcurso de los años por otros donantes (que sin duda creían que un regalo al CJH les garantizaría la admisión en aquel paraíso oscuro de los judíos). El CJH es esa clase de sitio: el más antiguo de los institutos de investigación judía de Nueva York y el más prestigioso.

Sara visitó aquel edificio impresionante por primera vez un día luminoso de abril, cuando el patio central estaba resplandeciente de cerezos en flor, traídos del Japón por un Warburg al que le gustaba la horticultura, ¿o era un Rothschild? (Sara nunca logró recordarlo, ni siquiera más adelante, después de haber trabajado sin descanso en aquella biblioteca durante muchos meses). El cielo era de ese azul celeste sublime que tienen algunos días primaverales en Nueva York y los pájaros cantaban en los árboles cubiertos de flores. El herbario medieval, con un diseño compuesto de dieciocho hierbas aromáticas que simbolizaba la *vida* (*chai*, en hebreo), comenzaba a despertar de su hibernación.

A Sara la guiaba la directora de desarrollo del CJH, Lisette de Hirsch, una cincuentona decidida aunque de una elegancia anoréxica, de pelo canoso y ojos azules, aficionada a los clásicos trajes negros con botones dorados de Chanel, a los pañuelos de colores brillantes plagados de soles y lu-

nas, y a los zapatos de tacón bajo hechos a mano en Venecia por el mismo zapatero que abastecía a los bailarines de los teatros de la Fenice y de La Scala. Era una antigua amiga de la familia de Sandrine, que era algo así como la madrastra de Sara y que siempre había insistido en que esta fuera a verla para conseguir trabajo.

Lisette de Hirsch no necesitaba el sueldo que le proporcionaba su cargo. Su marido pertenecía a una antigua familia judía que había cuadruplicado su dinero en cuanto *boom* económico hubo después de la guerra de Secesión y había sabido conservar su capital en todas las grandes crisis, incluida la Gran Depresión. Pero Sara no era igual de afortunada. Aún no había cumplido los treinta, tenía una cabellera abundante y rizada de color castaño rojizo, una figura voluptuosa pero de cintura delgada, ojos verdes con pintitas amarillas que en algunos momentos parecían topacios y en otros, esmeraldas, y una nariz aguileña y aristocrática como la de una beldad del renacimiento italiano pintada por Bronzino. Cuando estaba nerviosa, solía morderse los carnosos labios carmesí, quitándose la pintura. Y eso era lo que estaba haciendo en aquel momento. Necesitaba desesperadamente la beca que dependía de aquella entrevista. Había puesto a su marido de patitas en la calle el día de Año Nuevo, cuando descubrió que estaba encandilado por su ayudante, una chica de veintidós años, Stoddard (apodada «Stoddi») von Meissen, una *shiksa* nazi venida del infierno. Sara se había quedado a cargo de Dove, su hija de seis años, tenía que hacer frente al alquiler de un apartamento laberíntico en el West Side y no contaba con ninguna ayuda económica por parte de su marido. Lloyd ya había acabado el doctorado en historia y Sara ya casi había finalizado el suyo, a pesar de haber mantenido la casa todo el tiempo. Solo le faltaba la tesis. Los dos habían recibido becas para posgraduados, pero entre las canguros, el preescolar y otros gastos inesperados propios de la crianza de los hijos, para cuando Lloyd cayó bajo el hechizo de

Stoddi, ya hacía tiempo que los ahorros de Sara habían desaparecido. Lloyd había prometido mantener a la familia mientras Sara hacía la tesis. Pero antes de que aquello sucediera, la Prinzessin von Meissen entró deslizándose como en un vals en el seminario de historia judía moderna de la Universidad de Columbia y cantó la canción de las sirenas sobre la juventud y la shiksidad que seduce a los hombres judíos alejándolos de sus parejas, que comienzan a recordarles cada vez más a sus madres y a sus abuelas. Ahora Lloyd empezaba a dar señales de querer volver, pero Sara ya no estaba tan segura de desear su regreso. Le estaba tomando gusto a la vida independiente, a pesar de las dificultades.

—Es un edificio impresionante —dijo Sara, deseosa de congraciarse con Lisette de Kirsch, a quien se veía henchida de orgullo durante la visita.

Pero, en realidad, Sara encontraba que el edificio era demasiado exagerado, una mezcolanza de estilos arquitectónicos, ninguno del mejor gusto. La biblioteca, con su arca llamativa y sus objetos de plata de incalculable valor (todos ellos acompañados de placas con los nombres de los donantes, tan grandes como los objetos mismos), estaba atiborrada de volúmenes forrados en piel colocados en estanterías de caoba oscura, una de las cuales giraba y daba acceso a una escalera de caracol que descendía varios pisos llenos de montones de libros y conducía también a una sala de reuniones secreta que estaba excavada en la roca viva de Manhattan, con una puerta forrada de paño verde y una mesa de reuniones redonda. Nadie sabía si aquella cámara había sido ideada originalmente para servir de bodega o si el Vanderbilt que había construido la casa alrededor de 1905 la había mandado hacer más tarde como refugio durante la Primera Guerra Mundial. Los dueños posteriores la reformaron, transformándola en refectorio subterráneo o sala de reuniones, con un montaplatos que comunicaba con la cocina que había en la planta baja.